

De superventas en su época a un perfecto desconocido: rescatando del semiolvido a Eduardo López Bago

From One-Time Bestseller to Complete Nonentity: Recalling Eduardo López Bago From Semi-Oblivion

Miguel Á. Herranz Cano

Vanderbilt University

ORCID: 0000-0001-5705-2520

Date of reception: 15/02/2023. **Date of acceptance:** 13/07/2023.

Citation: Herranz Cano, Miguel Á. “De superventas en su época a un perfecto desconocido: rescatando del semi-olvido a Eduardo López Bago”. *Revista Letral*, n.º 31, 2023, pp. 78-98. ISSN 1989-3302.

DOI: <http://dx.doi.org/10.30827/RL.voi31.27425>

Funding data: The publication of this article has not received any public or private finance.

License: This content is under a Creative Commons Attribution-NonCommercial 4.0 In-

RESUMEN

El presente artículo tiene por objeto indagar en cuáles fueron algunos de los motivos por los que Eduardo López Bago fue excluido del canon literario decimonónico en España. Para ello, se analizan tanto el contenido como las circunstancias que rodearon la publicación de cuatro de sus obras: *El periodista*, *La prostituta*, *La pálida* y *El cura*. Al mismo tiempo, se ponderan otros elementos que tienen que ver con cuestiones ideológicas para observar cómo su preterición canónica está fundamentada, en gran parte, en el profundo rechazo que ciertos sectores conservadores sentían con respecto a la temática, estilo y amoralidad de varias de sus novelas.

Palabras clave: Eduardo López Bago; canon literario; siglo diecinueve; naturalismo radical; idealismo; conservadurismo.

ABSTRACT

This article aims to examine some of the reasons behind the exclusion of Eduardo López Bago from the nineteenth-century literary canon in Spain. To this end, it analyzes the content of some of his works, while considering the circumstances that surrounded the publication of four of his books: *El periodista*, *La prostituta*, *La pálida* y *El cura*. As part of this exploration, it also weighs other ideological factors to explain his purposeful omission from the canon, concluding that his absence is mainly based in the deep rejection that certain conservative sectors showed towards the themes, style, and lack of morality in some of his novels.

Keywords: Eduardo López Bago; literary canon; nineteenth century; radical naturalism; idealism; conservatism.

EXISTE, a la hora de hablar de las letras españolas del siglo XIX, una pléyade de autores que han venido a conformar el canon literario decimonónico clásico. Más o menos leídos en su época, todos ellos poseen una circunstancia en común: a día de hoy siguen teniendo un reconocimiento extendido que se traduce en reediciones, lecturas y relecturas, ventas e inclusión en planes de estudio diversos. Su vigencia es, por tanto, comparable a la de otros escritores españoles actuales y a la de algunos de sus predecesores, que continúan todavía poblando las estanterías patrias. Su resistencia al paso del tiempo ha hecho que sus escritos permanezcan siendo aún hoy de interés, lo cual les convierte en un selecto grupo de literatos que podrían considerarse atemporales, pues su importancia se ha mantenido intacta a pesar del paso de los años. Me refiero a los Benito Pérez Galdós, Emilia Pardo Bazán o *Clarín*, por nombrar a algunos. Sin embargo, existe una contrapartida de escritores, coetáneos de aquellos que han sobrevivido al calendario, que pese a haber gozado de extraordinaria relevancia en la última parte del siglo XIX, no han pasado el corte de la Modernidad y han sido condenados a un implacable olvido. El carácter centrífugo del canon decimonónico —que tiende a expeler con fuerza a algunos autores— ha hecho que cierta gente de renombre, que fue leída con avidez en su momento y vendió multitud de libros, haya quedado postergada a un segundo plano en los siglos XX y XXI, relegando la lectura de su obra a un nicho especializado, fundamentalmente académico.

A este grupo de olvidados pertenece el incombustible Eduardo López Bago (Aranjuez, 1853 – Alicante, 1931), que llegó a escribir hasta quince novelas entre 1884 y 1888. Fue conocido en el último tercio del siglo XIX por obras como *La prostituta* (1884), que encabezaba una tetralogía, o *El cura* (1885), que daba inicio a una trilogía, en las cuales describió con bastante detalle algunas de las entretelas de la condición humana¹. Destacó por adentrarse en las profundidades del conocido como naturalismo radical o de barricada, tratando de reproducir en España el modelo de novela de Émile Zola, lo cual le convirtió en un autor tremendamente popular en su momento. Su ausencia dentro del canon decimonónico más estricto es algo que no ha pasado desapercibido para críticos como Yvan Lissorgues, que lo sitúa junto

¹ La tetralogía de *La prostituta* (1884) se inició con la publicación de dicha novela y continuó con *La pálida* (1884), *La buscona* (1885) y, por último, *La querida* (1885). Por su parte, la trilogía de *El cura* (1885) se completa con *El confesionario* (1885) y *La monja* (1885).

a aquella terna de escritores decimonónicos olvidados a la que también pertenecen otros como Alejandro Sawa, José Zahonero o Remigio Vega Armentero, y acerca de los cuales no se conoce casi nada en la actualidad (237). Una de las circunstancias que acrecienta lo llamativo de su desaparición es el hecho de que, al contrario de lo que sucede con los autores anteriores, los libros de López Bago se vendieron de manera muy significativa (Du-Pont 47). Su éxito editorial y su reconocimiento popular contrastan con una fama evanescente y quedan patentes en el hecho de que como señaló Ernesto Bark en 1886, a finales del siglo XIX Eduardo López Bago era el autor más leído en España (Tsuchiya 163)². Así pues, partiendo de la constatación de su ausencia, este trabajo pretende ahondar en el misterio de su exclusión del canon decimonónico, tomando el testigo de lo iniciado por críticos como Mercedes Etreros (1977), Miguel Ángel Lozano Marco (1983), Yvan Lissorgues (1988) o Pura Fernández (1995), quienes a lo largo de la segunda mitad del siglo XX recuperaron para su estudio la figura de López Bago³. Para ello se explorarán cuáles fueron los motivos, tanto literarios como extraliterarios, que contribuyeron a su inicial preterición y posterior olvido.

En una primera aproximación a su “olvido” en el canon sería razonable pensar que no se trata tanto de una cuestión personal contra él como de la socavación del movimiento al que pertenecía: el naturalismo radical, que por sus particulares características no sobrevivió al paso del tiempo. Empero, esta hipótesis podría ser desmontada usando el contraargumento de que en España se sigue leyendo a Émile Zola, padre del naturalismo y principal inspirador de López Bago, como prueban las recientes ediciones de varias de sus obras⁴. Cabría entonces pensar que se trata de un problema con la literatura naturalista, pero de nuevo se podría argumentar que algunas novelas como *Los Pazos de Ulloa* (Emilia Pardo Bazán, 1886) o *Cañas y barro* (Vicente

² Pura Fernández hace una estimación de sus ventas teniendo en cuenta los volúmenes de impresión y las reediciones de las diferentes novelas que escribió, y desde octubre de 1884 hasta agosto de 1886 cifra el número de impresiones en 62.000, de los cuales dice se vendieron unos 50.000; una cantidad nada desdeñable teniendo en cuenta que Galdós, según Juan Valera, contaba con una audiencia de veinte mil lectores en todo el mundo (*Naturalismo radical* 126-127).

³ Además de aquellos y de los citados a lo largo de este artículo, en la última década han destacado por su investigación lopezbaguiana críticos como Eva María Copeland (2020), Daniel Docampo Jorge (2020), Txetxu Aguado (2020), Rhi Jonhson (2019), Luis Álvarez Castro (2018), Pedro García Suárez (2016) o María José Dávila (2013), por mencionar a algunos.

⁴ Si se hace una búsqueda no demasiado exhaustiva, se puede observar que una editorial como Cátedra, sin ir más lejos, posee ediciones críticas recientes de *Naná* (2015), *La Taberna* (2015) o *La culpa del abate Mouret* (2015). Algo similar a lo que sucede con la editorial Austral, que en los últimos años ha editado *Germinal* (2010), *Thérèse Raquin* (2017) o *Yo acuso* (2021).

Blasco Ibáñez, 1902), por citar un par de ejemplos, siguen siendo reeditadas con frecuencia aún hoy⁵. Parece, por tanto, que se trata de una cuestión más compleja que la simple falta de atractivo de un tipo de literatura que no ha envejecido demasiado bien y ha quedado desfasada. De este modo, y sin ser lo anterior del todo incorrecto, existen una serie de circunstancias desde las cuales se pueden tratar de entender los diferentes motivos por los que un escritor de superventas fue eliminado casi por completo del plano literario español.

Antes de entrar a analizar de manera pormenorizada los diferentes motivos de su exclusión, y para poder entender éstos mejor, quisiera delinear algunos detalles sobre la figura de Eduardo López Bago, quien además de desarrollar una prolífica carrera como novelista e intelectual a finales del siglo XIX, destacó también por su labor como traductor de algunos autores europeos como Charles Dickens, Xavier de Montépin, Émile Zola o Alphonse Daudet. Junto a su trabajo de traducción es preciso destacar su faceta periodística. En 1875 comenzó a dirigir *La Flor de Lis. Revista ilustrada de literatura y artes patrocinadas por S. M. El Rey*, y como resultado de estas actividades desarrolló también funciones como redactor en varios periódicos como *El Parlamento. Diario monárquico-liberal* (1876-1878), *El Diario Español* (1876), *La Correspondencia Ilustrada* (1880-1882) y *La Reforma política y militar* (1883-1884). Su participación en este último medio fue la chispa que espoleó un viraje ideológico que lo situaría cerca del republicanismo radical, propiciando así, como ya se ha mencionado, un acercamiento posterior a la escuela naturalista del francés Zola (Fernández, *Banderas* 496). Esta transición hacia el liberalismo le llevó a postularse como escritor anticlerical, concebido en ocasiones incluso como amoral, razón por la que tuvo no pocos problemas con el conservadurismo español, al que criticó de forma implacable de un modo indirecto en sus novelas y de una manera más directa en sus postdatas o apéndices, donde llegó incluso a señalar que sus odios en política eran las decadencias a las que trataba de someterle la escuela conservadora (“Postdata”, *El periodista* 174). Su giro hacia el *zolismo* lo llevó al cultivo de un subgénero del naturalismo radical conocido como novela médico-social⁶. También

⁵ En cuanto a *Los Pazos de Ulloa*, ha sido objeto de reedición por Cátedra (2023), Austral (2022) o Verbum; mientras que *Cañas y barro* se ha publicado por parte de Akal (2023) y Penguin Random House (2021). En contraste, las ediciones más recientes de obras de López Bago son *El separatista* (Castalia, 1997) por parte de Francisco Gutiérrez Carbajo, *La prostituta* (Renacimiento, 2005) a cargo de Pura Fernández y *El cura* (Stockcero, 2013) de mano de Maite Zubiaurre y Luis Cuesta. Además, Luis Álvarez Castro ha editado *Carne importada* (Renacimiento, 2022).

⁶ Existe una cierta confusión con respecto a esta denominación, pues si bien gran parte de la crítica le atribuye la titulación de médico dado el rigor con que realiza ciertas observaciones médicas en sus novelas, lo cierto es que, como

practicado por otros escritores como Francisco de Sales Mayo, esta rama tenía su origen en la creencia de que el uso del método científico era el “único medio válido para solventar los problemas sociales que afectan a la nación y a las sociedades urbanas del presente decimonónico” (Galván 55). El arancetano, consciente de lo que suponía esta diatriba no sólo desde un punto de vista literario, sino también político, abrazó esta corriente científicista y la exprimió al máximo.

Una de las principales claves para entender el alcance de la cuestión se encuentra en la idiosincrasia del escritor, cuyo carácter contestatario y actitud rebelde le llevaron a ser percibido por parte de los sectores más conservadores de la sociedad como un radical. Pura Fernández, en la introducción de una relativamente reciente edición de *La Prostituta* en 2005, llama la atención sobre su carácter especial. Se trata de alguien que no es comparable con ningún otro de los de su generación. Fernández apunta que

El halo de escándalo que rodea las obras y el nombre de López Bago, así como la sonora provocación de sus títulos, linda con los terrenos de la literatura *maldita* y vergonzante [al tiempo que destaca que] estos factores dotaron a su lectura de un estatus de semiclandestinidad, de práctica solitaria y furtiva, lo que hace aún más sorprendente los datos de las ventas alcanzadas. (“Introducción” 60)⁷.

A esta pose a menudo molesta se le unieron otras eventualidades ajenas a su control que contribuyeron de forma notable a la expansión de su obra. Por ejemplo, su estallido de popularidad coincidió con un factor muy importante: a partir de 1880 comenzaron a abaratarse los costes de impresión en España, lo cual repercutió en el precio de sus novelas, que comenzaron a ser más asequibles, y contribuyó, en general, a una democratización de la lectura entre el gran público (Botrel 79). A la eclosión de un autor muy prolífico se le unió, por tanto, un boom editorial que convirtió el libro en un bien de consumo y que facilitó la expansión de sus obras hasta convertirle en el autor más leído. En las “Impresiones de un lector” publicadas al final de *El cura*, Alejandro Sawa cifró el número de lectores “que se habían aprendido de memoria el nombre de López Bago” en torno a los 30 o 40 mil españoles (297). Si bien no está muy claro el origen de la estimación de Sawa, ni cuál era realmente la audiencia del escritor — Fernández sostiene que quienes más lo leían eran, sobre todo, aquellos que lo denigraban (“Introducción” 60)—, lo que sí se

señala Pura Fernández en “Banderas literarias”, los únicos registros académicos que se conocen sobre él apuntan a la especialidad de Filosofía y Letras y Derecho en la extinta Universidad Central de Madrid (1881-1882).

⁷ Resulta interesante el uso de la palabra escándalo para referirse a la obra de López Bago, toda vez que ya en *La cuestión palpitante*, Emilia Pardo Bazán hacía uso de ese epíteto para referirse al naturalismo.

conoce es que sus lectores lo hicieron hasta ya entrado el siglo XX, toda vez que, como descubrió Luis Monguió en un extenso estudio realizado en el año 1975, existe constancia de que en la Biblioteca de Ebanistas y Similares de Madrid fue leído al menos hasta 1913 (163). Es preciso recalcar, no obstante, que no fue la clase obrera, cuya incorporación al mundo de la lectura ocurrió a finales del siglo XIX, quien confeccionó la lista de escritores que pasarían a la posteridad.

En un momento histórico donde hay una primacía conservadora en los estatutos más importantes de las instituciones culturales y políticas españolas, parece razonable pensar que la elaboración del canon literario decimonónico no fue una tarea llevada a cabo por los liberales. Entre los diferentes manuales elaborados alrededor de esa época sobre la novela española, es reseñable *La literatura española en el siglo XIX* (1910) del padre Francisco Blanco García. El texto hace una glosa acerca de los diferentes movimientos literarios españoles y se detiene en algunos autores en concreto. A la hora de hablar del naturalismo se significa políticamente cuando menciona “los desastrosos efectos de la novela naturalista y el inusitado favor con que la recibieron los adalides del positivismo burgués por un lado, y por otro la clase proletaria que mira en tales libros canonizadas sus utopías y consagrado el culto de la materia” (530). Es defensor, no obstante, del naturalismo católico de Emilia Pardo Bazán, de quien dice que su “entusiasmo [...] no le impide estigmatizar el determinismo y otros errores capitales de Zola, estando por otro lado libre de ellos la mayor parte de sus novelas” (537). No lo es tanto de *Clarín* y *La Regenta* (1884-1885), a la que califica como un relato disforme que rebosa de porquerías, vulgaridades y cinismo. Su desprecio por el naturalismo, en cualquier caso, no acaba ahí, pues sus ataques y descalificaciones son constantes a lo largo de todo el epígrafe que le dedica. No obstante, si por algo destaca este texto es por la omisión deliberada de ciertos autores entre los que se encuentra el propio López Bago: “Renuncio a prolongar esta reseña con los nombres, poco y en mala parte conocidos, de varios escritores que han hallado en el naturalismo un medio para salir de la obscuridad, vertiendo a granel las contadas especies que caben en sus empobrecidos cerebros” (547). Estas palabras evidencian la existencia de un compromiso ideológico por parte de ciertos intelectuales conservadores para sepultar el trabajo de una serie de escritores liberales. En la construcción de su discurso, que omite de forma intencional los nombres de los escritores a los que se refiere (López Bago entre ellos), se puede observar una estrategia retórica deliberada, similar a la que comenta David T. Gies al hablar sobre la formación del canon decimonónico: “Lo que se deja a un lado o lo que se suprime de un discurso a veces cobra la misma importancia, o acaso más, de lo que se incluye, que lo que se celebra” (175). Y es

desde la omisión del padre Blanco García y la reflexión de Gies desde donde parto para trazar los orígenes de su posterior desaparición.

A finales del siglo XIX el debate entre la ciencia y la religión se encuentra en pleno apogeo en España y López Bago, como ya se ha indicado, se decanta por el valor de la primera⁸. El posicionamiento del escritor es claro y su apego a la ciencia, cuyo método ansía reproducir en sus novelas, le convierte en una especie de cirujano literario, un médico cuyos trabajos pueden ayudar a extirpar algunos de los males que denuncia en sus obras. Esto es algo que refrenda al encabezarlas con un paratexto de Claude Bernard que reza lo siguiente: “La moral moderna consiste en buscar las causas de los males sociales, analizándolos y sometién-doles al experimento” (sin página). Ese carácter experimental que enuncia le hace describir una realidad sórdida, un universo particular en el que su pluma lleva hasta las últimas consecuencias el determinismo naturalista. Son pocos los personajes que verdaderamente consiguen medrar a lo largo de sus historias, y aún menos quienes lo hacen manteniendo intactos sus principios morales. López Bago toma el naturalismo francés de Zola y lo eleva a un nivel diferente, adjetivándolo como radical o de barricada y presentándolo como una reacción a la escritura academi-cista del idealismo, algo que refrenda al afirmar “nosotros en la barricada y vosotros en la Academia Española, cada cual ocupa-mos nuestro puesto” (“Apéndice”, *El cura* 286). El carácter experi-mental se ve de forma clara en los planteamientos de sus novelas, que además estira a lo largo de series donde se puede ver la suerte de diferentes personajes cuyas vidas se encadenan du-rante más de un volumen, a imagen y semejanza del naturalismo francés. A través de la escritura coloca un espejo similar a aquel que Stendhal tomaba prestado de César Vichard de Saint Réal en *Rojo y Negro* (1830), lo que le ayuda a mostrar al resto de la so-ciedad el reflejo de algunas de las partes que él considera más enfermas. Su gusto por mostrar las miserias existentes se encuadra dentro de una agenda política muy concreta que, de haber nacido 20 años antes, a buen seguro le habría servido para que Marcelino Menéndez Pelayo lo incluyese en su *Historia de los he-terodoxos españoles* (1880-1882).

Este debate sobre la ciencia se circunscribe dentro un pa-norama ideológico donde se dan cita la tradición conservadora y la modernidad liberal, que poseen ideas muy diferentes en torno,

⁸ El debate sobre la ciencia en España fue un tema extremadamente candente. Fue, de hecho, abordado por otros autores como Benito Pérez Galdós, quien lo escenificó a la perfección en *Electra* (1901). El estreno de esta obra espoleó un debate intelectual en la prensa que se tradujo en algaradas callejeras y terminó con una campaña de desprestigio por parte de los sectores más conser-vadores de España que le impidieron ganar el Premio Nobel de Literatura en 1912.

sobre todo, al modelo de nación que desean implantar en España. José Álvarez Junco, al hablar de la teoría nacionalista de Gellner, señala que “la nación habría sido la identidad que había llenado el vacío dejado por las jerarquías de sangre, los marcos corporativos y las referencias religiosas” (15). Por un lado, los conservadores conciben una España que gire en torno a la Iglesia y la monarquía; mientras que, por otro, los liberales apuestan por un proyecto nacional que se adapte a los estándares de otros países europeos como Francia o Alemania, donde el poder de ambas instituciones ha sido contrarrestado por la idea de la propia nación. Una sustitución que, sin embargo, en el caso español no es tan sencilla y da, además, lugar a una extraña paradoja, pues la religión constituye uno de los pilares fundamentales sobre los que se funda la nación y, a la vez, uno de los elementos que la divide, en tanto es uno de los puntos de fricción entre conservadores y liberales. Alejandro Sawa sintetiza muy bien el sentir de este último grupo al hablar acerca de “los nuevos ideales estéticos de este desdichadísimo país nuestro (que parece colocado a más distancia del cielo que las demás naciones de Europa, según las mayores desventuras que incesantemente lo afligen” (“Impresiones” 294)⁹. El ansia liberal por abrazar la ciencia y el progreso encuentra su respuesta en un conservadurismo que se aferra de manera denodada a la religión católica, haciendo oídos sordos a la corriente positivista que llega a España una vez dejado atrás el Krausismo a finales de la década de 1870, lo que coincidió con la publicación de la primera novela del autor: *Los amores. Obra entretenida* (1876). López Bago no sólo es consciente de la batalla que se está librando a nivel ideológico, sino que además toma parte en ella de manera muy concreta, poniendo su literatura al servicio de sus ideas. Ocho años después de la publicación de su primera novela llegaría *El periodista* (1884), que daba comienzo a un ciclo de textos conocido como *Cuadros de la vida política* y que en un principio iba a estar compuesto en total por cinco títulos, además del ya mencionado, a saber: *El diputado*, *La influencia*, *El ministro y S.M.* Ninguna de estas cuatro novelas, sin embargo, vio la luz, pues después de la publicación de la primera, ese mismo año, decidió dar comienzo a la tetralogía de *La prostituta* y al siguiente empezó y acabó la trilogía de *El cura*, cuyos éxitos le harían abandonar la escritura de los *Cuadros* de forma

⁹ El caso de Alejandro Sawa es paradigmático, tal y como anota Miguel Ángel Lozano Marco. Si bien en un primer momento, con sus “Impresiones de un lector”, se definía como un soldado de López Bago, tras su viaje a París alrededor de 1890, jamás volvió a mencionar su nombre en ninguna parte (343). A pesar de que las razones de su partida y posterior renuncio no están demasiado claras, Tomás Fernández y Elena Tamaro especulan con que su marcha a la capital francesa se debió a un delito de imprenta cometido en España, al tiempo que mencionan sus contactos con “decadentes, parnasianos y simbolistas”, lo cual tal vez podría explicar su ulterior rechazo por López Bago y el naturalismo radical.

definitiva. Sin embargo, no deja de ser llamativo que, siendo López Bago un escritor tremendamente prolífico, una vez anunciado el inicio de un ciclo tan largo, decidiera abandonarlo casi nada más comenzar y sin expresar los porqués de este giro repentino hacia un género distinto y aún inexplorado por él.

A pesar de que no están claros cuáles fueron los motivos de este cambio, lo que sí es plausible es que la no escritura de aquella serie creó un vacío, una ausencia interpretable desde un punto de vista crítico. Una elucubración inicial podría llevar a conjeturar que López Bago —que alcanzaría el pináculo de su éxito editorial con la publicación de *La prostituta*— ambicionaba tener en la escritura su única y principal fuente de ingresos. Por este motivo, al no llegar a vender tantos ejemplares de *El periodista* como esperaba, se vio obligado a abrazar una temática diferente que le otorgase una mayor repercusión mediática y, por ende, aumentase sus beneficios económicos. Esto es algo que enraíza con un factor de consumo que López Bago reconoce al hablar del mercado literario como la “gran república de las letras” (“Apéndice”, *El cura* 280) y que es además señalado por Fernández, que habla de “una literatura conformada a las necesidades del mercado, unos escritores al servicio del lector, una producción avalada por el éxito popular y rechazada por los circuitos tradicionales de la literatura de calidad” (*Naturalismo radical* 6). Su cambio de dirección, por tanto, se puede interpretar como una forma de aunar sus principios ideológicos con sus intereses económicos. Al escuchar las demandas de la audiencia está poniendo su literatura al servicio de su deseo de medrar económicamente y, al mismo tiempo, está impulsando el proyecto político liberal, con el que, como se puede observar en la siguiente cita, se encuentra comprometido.

A mi entender, una de las claves para interpretar este vacío creado por la no escritura de los *Cuadros de la vida política* se encuentra recogida al inicio de la “Postdata” que escribe al final de *El periodista*:

Lo que hay es que, siendo escritor liberal, en lo que a la política se refiere, y naturalista en lo concerniente a la literatura, antójase estar en mi perfecto derecho al escribir una *novela política*, atacando en buena lid, no a los Sres. Cánovas del Castillo y Romero Robledo, sino a los enemigos que antes y después de estos señores han tenido, tienen y tendrán, por desgracia, las escuelas liberales, que profesan la teoría de reforma y progreso, en contra de los que defienden las ideas de conservación (162).

Estas líneas constituyen el prelude de un extenso alegato donde viene a justificar no sólo su posición ideológica, sino el papel que su escritura juega dentro del tablero ideológico español, en la medida en que la política tiene una influencia directa dentro del desarrollo del naturalismo en España (“Postdata” 174). La

postdata —que en novelas posteriores sería renombrada como “Apéndice”— cumple aquí una función explicativa no sólo del propio texto en sí, sino de las diferentes filias y, especialmente, las fobias políticas y literarias de López Bago. En ella se puede observar cómo su naturalismo de barricada cumple con una función de oposición a dos corrientes: en lo político, el conservadurismo, y en lo literario, el idealismo, que yacen ambas en las antípodas de su particular credo y visión del país. Hay que tener en cuenta que se trata de una postdata a la primera novela publicada en ocho años, un trabajo que, a diferencia de *Los amores*, que tenía por subtítulo *Obra entretenida*, nace con la intención de ser un *cuadro*, con el “propósito de llevar a cabo en la obra algo parecido a los procedimientos de la pintura” (“Postdata” 169). Este cambio de finalidad es fundamental, pues refleja una mutación teleológica dentro de su literatura, que pasa de tratar de entretener, a intentar desenmascarar los entresijos más oscuros de los distintos estamentos de poder españoles.

La evolución que se produce entre la novela política y la novela médico-social viene propiciada, por un lado, por su compromiso con las ideas liberales, y por el otro, para satisfacer su objetivo de autosuficiencia económica a través de la escritura, algo que consigue al aumentar la carga naturalista de sus temáticas y sus contenidos, adaptando así su literatura a lo que entonces demandaba el mercado literario. Mientras que en *El periodista* se puede observar una trama más o menos sencilla, con momentos incluso de cierta comedia o satirización —como el discurso de Augusto Vejarano cuando descubre que su *ghost writer* ha escrito y publicado una obra naturalista siendo él idealista—, en la tetralogía de *La prostituta* hay un incremento sustancial de la presencia del determinismo. Al abandonar la escritura de los *Cuadros de la vida política* para centrarse en la siguiente serie, cuya explicitud a la hora de hablar de ciertos temas como la enfermedad o la religiosidad la llevan, respectivamente, a un nivel superior de repugnancia y amoralidad, López Bago cambia el objetivo de su crítica¹⁰. Este cambio de enfoque le hace pasar de apuntar con la mirilla de su pluma a las clases más poderosas, como son los políticos y la Corona, a centrarse en la vida de los ciudadanos de a pie para poder llevar al extremo con mayor libertad el método científico y el carácter experimental de sus

¹⁰ Ya desde el inicio de *La prostituta*, López Bago marca el tono al describir “asquerosos mendigos que explotan la compasión exponiendo en medio de la vía pública desnudeces cubiertas de llagas, miembros podridos, que hacen apartar la vista [...] pinceladas verdosas, negruzcas, terrosas, amarillentas, que serpentean simulando derrames y extravasamientos de pústulas...” (5). Es destacable también el componente de amoralidad del Marqués de Villaperdida, que no ve conflicto ético alguno en explotar sexualmente a mujeres para donar los beneficios de su actividad al Vaticano y así calmar su conciencia por la muerte de su mujer tras ser contagiada por él de sífilis.

novelas. A esto hay que sumarle además la cuestión temática, pues la incorporación de la mujer y la sexualidad a su repertorio, como sucede en *La prostituta* y sus secuelas, le permite explorar el mundo de los burdeles madrileños, adquiriendo las tramas un nivel extraordinario de sordidez¹¹. Este giro, para Iris M. Zavala, representa un intento de recuperación de autores como Sue o Ayguals de Izco, una vuelta al “mundo marginado de prostitutas, truhanes, degenerados y criminales” que encuentra impulso en un deseo de epatar al mundo burgués (175). Su giro hacia esta novela médico-social, donde se habla de la vida lupanaria o se pone en tela de juicio la pertinencia del celibato —como sucede en la trilogía de *El cura*—, se puede interpretar como un deseo de escandalizar a una audiencia de clase alta que en sociedad se hace cruces por el contenido de sus obras, pero en privado las lee con devoción. Un público que, por otra parte, es capaz de tolerar la corrupción ética que rodea todo lo relacionado con el poder en *El periodista*, pero que no soporta verse reflejado en las miserias de la condición humana que se muestran en estas novelas médico-sociales. No se debe pasar por alto, además, que este cambio de enfoque es algo que lleva a cabo sin perder de vista sus intereses científicos y médicos. Esto es algo que en determinados momentos se puede ver de una forma incluso metaliteraria, como sucede en la primera de estas novelas, cuando menciona que el Dr. Pérez está leyendo la “*Introducción al estudio de la medicina experimental*, de Claudio Bernard, de un sabio” (78); referencia ésta que cierra el círculo iniciado al principio de la obra con la inclusión del ya mentado paratexto.

Junto a su posicionamiento a favor de la ciencia existen otros factores sobre los que se pueden trazar el origen de su exclusión del canon. Así, en *La prostituta*, calificada por Fernández como “el éxito y escándalo más sonados en la historia de las letras españolas decimonónicas” (*Naturalismo radical* 37) —y con permiso del estreno de *Electra* (1901) de Benito Pérez Galdós—, se encuentra otra de las claves para entender el destierro literario del autor. La novela, que narra una historia de lenocinio e inmoralidad, fue rechazada en pleno por los sectores más conservadores de la sociedad española. En ella, la trama se centra en cómo el Marqués de Villaperdida, a través de un personaje llamado Aristides, crea una extensa red de lupanares con cuyos beneficios ofrece donaciones al Vaticano para expiar sus pecados de juventud. El texto se centra en los acontecimientos que suceden a raíz del ingreso voluntario de una joven virginal llamada Estrella (que más tarde sería la Pálida y daría lugar al segundo volumen de la

¹¹ Mercedes Etreros, al hablar de estas novelas de López Bago (y de Sawa y Zahonero), lo hace bajo el subtítulo de “naturalismo erótico”. En ellas el sexo es presentado como algo sórdido, sucio y desagradable, siempre relacionado con la enfermedad del cuerpo (venéreas) y del espíritu (la amoralidad) (Citado en Lozano Marco 347).

tetralogía) en uno de esos prostíbulos. En la trama se suceden diferentes despropósitos en los que se entrecruzan relaciones familiares e intereses económicos que acaban con la subasta de la virginidad de la joven al mejor postor. El desenlace, como no puede ser de otra manera en el naturalismo, es trágico. Este cóctel de elementos hizo que una gran parte de la sociedad española se llevase las manos a la cabeza. Así, a la publicación del texto le siguió un tremendo escándalo que tuvo mayúsculas resonancias en la prensa y que resultó en el embargo de la obra —so pena de multa para aquellos libreros que vendieran la obra de forma clandestina— y en un ulterior proceso judicial¹². Ya desde el anuncio de su publicación se desató una expectación inusitada de la que parte de los medios escritos se hizo eco (Fernández, “Introducción” 28). Las reacciones no se hicieron esperar, y el diario *El Progreso*, en su edición de 19 de octubre de 1884, publicó un texto sin firma que acababa diciendo “No tiene por qué quejarse [...] ya que así tiene la seguridad de vender su edición, es decir, de que sea conocido su nombre de todos los españoles que le leen que, a Dios gracias, ya van siendo muchos” (cita a través de Fernández, “Introducción” 38). Si su fama era creciente en aquel momento, con la publicación de la novela, su nombre comenzó a resonar con mayor fuerza en todos los estamentos sociales. En su edición del 23 de octubre, *El Liberal* se hacía eco de una carta remitida por el autor al periódico donde se quejaba de un artículo publicado en el diario monárquico *La Época* y cuyo crítico, a juicio del escritor, se extralimitaba en sus funciones anticipándose a la ulterior valoración del Ministerio fiscal. A pesar de que la carta no fue publicada dada su extensión, el periódico apostilló: “Nosotros, que lamentamos el rumbo literario del Sr. López Bago, no creemos, sin embargo, que debe esperar una condena de los tribunales” (3). Este binomio de reacciones enfrentadas, que no fue más que el principio de un largo cruce de mensajes, escenifica claramente la batalla ideológica que estaba teniendo lugar en ese momento en las letras españolas. Dicho enfrentamiento encontraba su raíz en el hecho de que, como señalaba Pardo Bazán, el naturalismo “no condena en absoluto las obras buenas que pueden llamarse idealistas; condena, sí, el idealismo, como doctrina literaria, porque éste le niega a él el derecho a la existencia” (XII). Un idealismo que, tal y como menciona el propio López Bago en el “Apéndice” de *El cura*, se refiere al naturalismo como una *literatura de hambrientos*, a la cual él se siente orgulloso de pertenecer cuando afirma que “no queremos tener actitudes de artistas, y si preferimos nuestro título de obreros, no habla de rebajarnos, puesto que tenemos por honrosísimo llamar a las cosas por su nombre” (280-281). Esta denodada defensa del

¹² Fernández hace una exposición muy detallada acerca de todo el proceso judicial. Vid. *Naturalismo radical*, 37 y ss.

naturalismo llevada a cabo por el escritor, como era de esperar, continuó tras el final del proceso judicial.

López Bago respondió a lo sucedido con firmeza y ofreció una valoración de los hechos en el “Apéndice” de *El cura*, que fue la primera novela que publicó tras la sentencia. Ya desde el comienzo de su argumentación admite una intención provocadora cuando señala que “Así las cosas, un poco de pólvora bastaba para que estallase la mina, y yo me encargué de este cometido. *La prostituta* motivó la explosión” (275). Con estas palabras viene a confirmar cómo el giro temático es una decisión premeditada, un movimiento consciente que descansa sobre la necesidad de escandalizar. Su intención es epatar a los sectores más conservadores, a los que califica de “gentes abofeteadas y heridas” (275), y así queda patente en sus palabras, que dejan caer cómo fue Raimundo Fernández Villaverde, gobernador civil del Partido Conservador, quien se prestó a denunciar el libro arguyendo que era contrario a la moral y a la decencia pública. Tras varias instancias judiciales, el caso llegó al Tribunal Supremo, que absolvió a López Bago un año más tarde de la publicación de *La prostituta*¹³. El argumento principal de la sentencia —reproducida al completo en el “Apéndice” de *El cura*— para revocar la condena fue que se trataba de una novela que pertenecía a un género literario específico, a lo que el Tribunal además añadió, a modo de corolario, que “no todo lo que no deba ser generalmente leído es penable con arreglo a las prescripciones del Código [penal]” (“Apéndice”, *El cura* 278). Es interesante señalar que la denuncia inicial se interpuso no porque se hubiese vulnerado un precepto legal, sino porque se había ofendido el código moral de unos conservadores que, cegados de nuevo por su doble vara de medir, vieron en la obra un conjunto de abominaciones relacionadas con el catolicismo, la sexualidad y la enfermedad. Este fundamento es algo que más tarde defendería el autor en el “Apéndice” de *El confesionario* (1885), secuela de *El cura*, donde utilizó una analogía para referirse a esta cuestión: “La inmoralidad existe como acto, pero no es delito relatarla, de igual manera que el acto de robar es un delito, pero no la descripción que hace un escritor del robo mismo” (253). En efecto, las conductas que se presumen inmorales no son objeto de regulación por parte de la Justicia, sino

¹³ El procedimiento se inició mediante la denuncia del gobernador civil de Madrid el día 16 de octubre de 1884. En primera instancia, la Audiencia del distrito del Hospital de Madrid dictó sentencia el 12 de diciembre de dicho año y sobreseyó la causa, dejando libre a López Bago. Tras ello, se mandaron los autos al Juzgado de instrucción municipal, que revocando la sentencia original, lo condenó al pago de 125 pesetas de multa y costas, y decretó el secuestro de los ejemplares. Frente a esta decisión, el autor interpuso ante el Tribunal Supremo un recurso de casación por infracción de ley que resultó en la casación y anulación de la sentencia del Juzgado de instrucción y la absolución del escritor con fecha 19 de junio de 1885. Fue abogado de López Bago el señor D. Rafael Comenge (“Apéndice”, *El cura* 278-280).

del público, que lejos de defenestrarlo, siguió comprando sus obras hasta convertirlo en el escritor más leído del último tercio del siglo XIX. Los intereses conservadores, que pretendían soterrar la obra de López Bago mediante un procedimiento judicial, generaron el efecto contrario; de ahí que Blanco García, para contrarrestar, omitiese de manera deliberada su nombre en *La literatura española en el siglo XIX*. El caso tuvo una enorme repercusión mediática, lo que resultó en una campaña de publicidad gratuita para el autor, que vio como sus números de ventas aumentaron de manera significativa, pudiendo cumplir así con su objetivo de dedicarse a la escritura de forma profesional. Fue entonces, una vez atraída su audiencia y gozando de la protección legal de un Tribunal Supremo que avalaba su libertad creativa, cuando decidió aumentar un grado su discurso y acrecentar su nivel de provocación con la publicación de *El cura* en 1885.

En esta ocasión, envalentonado por su éxito, López Bago decide ir un paso más allá y adentrarse en el mundo de la religiosidad. Si *La prostituta* atentaba contra la moral y la decencia pública, *El cura* tenía como subtítulo “Caso de incesto”. Mientras que la primera trataba de un tema tan escabroso como el mundo de los lupanares madrileños y ofendía a los sectores más moderados por su falta de recato, la segunda era un ataque directo a uno de los pilares conservadores por excelencia: la Iglesia católica. La novela narra la lucha interior que un joven sacerdote libra por cumplir con el voto de castidad y es una crítica directa al celibato eclesiástico. En la obra se dan cita dos hermanos. Por un lado, Román, que es descrito como un Adonis de “[e]quilibrio perfecto. Desarrollo en su grado justo. A igual distancia de la atrofia que de la hipertrofia”, y que además resulta ser sacerdote (37). Y por el otro, Gracia, que es su hermana y cumple a la perfección con su rol como ángel del hogar. La trama relata la tensión creciente entre ambos, cuyo deseo sexual mutuo va aumentando a medida que avanza la narración. Así, a pesar de que Román parte de la negación más obstinada y Gracia lo hace desde la candidez y la inocencia, los dos acaban confluyendo en el mismo punto. En este caso, López Bago lleva la situación al extremo, pues lejos de criticar el celibato o escandalizar al público con un caso de incesto, decide mezclar ambos, ofendiendo así no sólo a la Iglesia católica, sino también a otros elementos capitales del conservadurismo: el sacramento del matrimonio y la institución de la familia. En *El cura*, de hecho, existen varios atentados que van contra la moral católica. El primero de ellos se encuentra en la relación que don Fermín, que es otro sacerdote compañero de Román, tiene con Anita, su supuesta sobrina. En este caso, a la ruptura del voto de castidad hay que sumarle la afrenta que supone el hecho de que vivan amancebados y mantengan relaciones sexuales fuera de la sagrada unión que representa el matrimonio. Al mismo tiempo, a la segunda ofensa, que contiene todos

los elementos de la primera y viene dada por la relación entre Román y Gracia, hay que sumarle el agravante del componente incestuoso, que le sirve para atacar a la familia en sí. Con su agresión deliberada a estos dos emblemas propios de los tradicionalistas, López Bago vuelve de nuevo a posicionarse como antagonista de los valores católicos.

Este anticlericalismo manifiesto es, por tanto, otro de los pilares sobre los que descansa su exclusión del canon. En los dos textos analizados pueden encontrarse momentos en los que López Bago hace patente su confrontación con la Iglesia y lo que ésta representa. Esta falta de sintonía con los valores tradicionales, unida a su preferencia por la ciencia, es algo que permea de manera repetida en *El cura*, donde la totalidad de la obra constituye un alegato en contra del celibato eclesiástico y sus efectos. Sin embargo, no es ésta la única muestra de su postura frente al catolicismo, pues en *La prostituta* también se pueden encontrar una serie de referencias directas. El personaje del Marqués de Villaperdida, como ya se ha mencionado, es un devoto recalitrante propietario de casi medio centenar de lupanares cuyos beneficios dona al Vaticano. La atribución de estas características al personaje más desagradable de la novela es, en efecto, un intento por retratar a un hombre profundamente católico que se dedica a la explotación sexual de mujeres. Con su inclusión en la novela, el escritor está apuntando a una de las cuestiones que más le molestan acerca de las clases altas y que más pone de manifiesto en sus obras: la doble moral de una burguesía conservadora cuyos actos repele¹⁴.

Es, además, con ocasión de la muerte del Marqués, que el escritor aprovecha de nuevo para hacer un alegato en favor de la ciencia. En ese preciso momento se produce un intercambio de pareceres entre el hijo de este y los otros dos personajes que contemplan la escena, a saber, el padre Manrique y el doctor. El primero de ellos, señalando al médico, le dice: “¡Lo han matado ustedes!”, a lo que el cura responde: “Lo ha matado Dios”, mientras que el médico se pronuncia con un lacónico “La ciencia no mata a nadie” (237). Se podría leer este fragmento y argumentar que en la conversación existe una voz autorial que se trasluce a través de las palabras del médico y que, salvo muy contadas excepciones, permanece oculta. Todo ello, sin perjuicio de que en esta obra existe un pasaje en el que el escritor rompe la impasibilidad narrativa propia de la novela naturalista y hace un excursus donde el narrador omnipresente queda en un segundo plano. Sucede en el capítulo XI, donde dice lo siguiente: “don José de Lanzas y de las Medias Anatas, tal vez haya parecido, a pesar

¹⁴ Esto es algo que se puede ver también en *El periodista*, donde Augusto Vejarano, un escritor idealista bastante acomodado, se aprovecha de un periodista en paro que va a ser desahuciado y lo explota escribiendo novelas para publicarlas él bajo su nombre por veinte duros al mes.

de estas realidades, y teniendo en cuenta su conducta, su devoción y sus vergonzosos pactos con el *Chulo*, una creación idealista, y acaso algún lector me achaque el crimen de lesa-inverosimilitud” (200). El uso de la primera persona denota en este momento que quien está hablando no es ese narrador omnipresente, sino el propio escritor, que se posiciona no sólo frente al Marqués y todo lo que representa, sino también en contra de la novela idealista, que es la antagonista por excelencia del naturalismo. Y es ahí, en su desprecio por el idealismo donde se halla la raíz de otro de los motivos de su exclusión: su visión crítica de la literatura española, la cual le lleva a enfrentarse con otros escritores.

López Bago, como ya se ha visto, se posiciona no sólo en contra del conservadurismo político, que según él trata de llevar a España hasta la decadencia, sino también frente a lo que él considera el conservadurismo literario, que epitomiza la escuela idealista, la cual pretende dirigir la literatura hacia lo que en su opinión son afeminaciones (“Postdata”, *El periodista* 174). Para él, el idealismo da lugar a una *novela bonita* en la que los personajes carecen de humanidad y de sentimientos reales. Es una “literatura de frac inaguantable”, dice, en la que todo lo que sucede dentro de la obra carece de verdadera vida, de contacto con la realidad que él retrata (“Apéndice”, *El cura* 266). Si el naturalismo mira el mundo desde un pesimismo irredento, estas obras que critica lo hacen desde la más absoluta desconexión con la realidad. Así, mientras que las novelas de López Bago tienen en ocasiones lugar en ambientes lóbregos como lupanares o bajos fondos, los textos idealistas suceden, arguye, en Andalucía en un ambiente de naranjos, caballos cordobeses y cielos azules¹⁵. Menciona además cómo entre los personajes del idealismo todo es bondad y buenismo, el amor no es empalagoso, y los personajes son todos “perfectamente católicos apostólicos romanos” (“Apéndice”, *El cura* 267). Es decir, para López Bago se trata de una novela escrita no para las clases obreras —que, al contrario que la burguesía, no tienen reparo alguno en admitir que disfrutaban de sus obras médico-sociales— sino para lectores más

¹⁵ Su referencia a Andalucía se enmarca en la crítica que López Bago hace de esa *novela bonita*, a la que censura de forma obsesiva en el “Apéndice” de *El cura*. Allí, dedica varias páginas a hablar sobre el idealismo y menciona, entre otros exponentes, a escritores como Pedro Antonio de Alarcón —al que denomina “el campeón de la moral casera” (“Apéndice”, *El cura* 270)—, José Castro y Serrano, Juan Valera o José Selgas. En dicho “Apéndice” se mofa además de novelas como *La Pródiga* (1882), *El niño de la bola* (1880) o *El Escándalo* (1875), todas ellas del propio Alarcón, de quien dice que “[t]odos sus libros tienen un propósito moral” (270). Asimismo, en ese mismo texto, califica la escritura de Valera como una “literatura insustancial” (273) y habla de *Pepita Jiménez* como un hermoso libro de *boudoir* (una salita pequeña que se encontraba en las casas en el siglo XIX donde tenían lugar conversaciones femeninas íntimas) (265).

cándidos, para las damas, llega incluso a sugerir en algún momento; por contraposición al naturalismo, que es más propio de *los tíos* (entendiendo por éstos a la clase popular)¹⁶. Esta atribución de feminidad a la literatura idealista es algo que se puede ver también en *La cuestión palpitante*, donde Emilia Pardo Bazán la define como “la teoría simpática por excelencia, la que invocan poetas de caramelo y escritores amerengados; el que se ajusta a sus cánones pasa por persona de delicado gusto y alta moralidad” (24); características todas que resultan impropias de la masculinidad, sobre todo en el siglo XIX. Si bien esta última siente cierta reticencia respecto al idealismo, no llega a las cotas de desprecio que alcanza López Bago, quien en *El periodista* se burla sin piedad de este prototipo de novelista. Lo hace mediante el ya apuntado Augusto Vejarano, el cual, tras leer una crítica acerca de su última novela (escrita por un tercero), espeta lo siguiente

—Pero desdichado, V. no sabe que yo soy y he sido siempre defensor acérrimo del idealismo. V. no comprende el terrible ridículo en que me veo. Yo tengo que aceptar el dictado que me dan. Acabo de leer la novela. Es un libro verde. ¡Qué escenas! ¡Qué personajes! ¡Qué asco! ¡Qué repugnancia! Emilio Zola podría firmar el libro sin escrúpulo de ninguna clase. Me hunde V., me arruina, me desprestigia para siempre. ¡Ah! ¡Si yo lo hubiera sabido antes!” (119-120).

Este ataque, que es presumible poseía un destinatario concreto, no ayudó en exceso a sus relaciones con otros escritores como los Alarcón, Valera o Selgas, y en consecuencia, tampoco contribuyó a que fuera incluido dentro del canon.

A su odio por el idealismo, se le debe añadir otra de sus grandes obsesiones: la defensa de una literatura profesionalizada donde no exista el intrusismo profesional y quienes publiquen sean escritores con plena dedicación. En el “Apéndice” de *La pálida* (1885), novela continuadora de *La prostituta*, menciona ser “uno de los pocos españoles que vivimos en Madrid sin publicar un periódico. [...] vivo, pues, publicando mis libros, escribiéndolos con el mayor esmero que se me alcanza, y cobro la subvención que me paga el público que los compra” (261). Esta visión, que repite varias veces, no es compartida por *Clarín*, quien habla con condescendencia de estos literatos *modernos* que deben trabajar sin parar porque no creen en la inspiración y cuyo lema es “Hay que vivir de lo que se escribe” (174). Entre esos *modernos*, por alusiones, se encuentra López Bago, que a su vez se muestra crítico con quienes utilizan la escritura como un arma para defender

¹⁶ La referencia a *los tíos* sale de una conversación que López Bago tiene con uno de los escritores contenidos en la anterior nota, donde dice, literalmente “Y no quiero, en una palabra, escribir para *los tíos*, entendiéndolo yo por *tíos* a la clase popular” (“Apéndice”, *El cura* 264).

intereses torticeros que nada tienen que ver con los libros. Entiende —y he aquí una contradicción o paradoja, pues su obra tiene un evidente componente de lucha ideológica a pesar de que por momentos él lo niegue—, que la intromisión de otros agentes ajenos desprestigia la literatura, pues se pone ésta al servicio de sus intereses personales o partidistas. Si hay algo que López Bago repele con vehemencia es el deseo de algunos escritores de medrar profesionalmente a cambio de un cargo público que les permita vivir. Según él, “La profesión de estos señores no es la literatura, es la política, y a veces algo más concreto: una carrera civil o militar en la que cobran un dinero con el que atienden a las necesidades de la vida” (“Apéndice”, *El cura* 282). Algo que, según dice, ni él, ni Galdós, ni *Clarín* hacen; a pesar de que el segundo llegó a ser diputado en Cortes en dos períodos diferentes. Su particular desprecio por este nepotismo le lleva a continuar diciendo que en España, salvo honrosas excepciones, tanto el teatro como la novela están escritos por aficionados (“Apéndice”, *El cura* 283). Así, considera que hay tres casos paradigmáticos que se han servido de la escritura para llegar a tener una carrera política: Alarcón, que pertenece al Consejo de Estado; Valera, que acabó siendo representante diplomático en Washington; y Núñez de Arce, que llegó a ser Ministro de Ultramar (283). El señalamiento público de estos escritores como paniaguados contribuye a agrandar la herida creada por sus diferentes opiniones sobre el idealismo. Tampoco ayuda su actitud beligerante a la hora de relacionarse con sus colegas de profesión, la cual le acaba granjeando no pocas enemistades dentro del mundillo literario¹⁷.

Ya fuera por este carácter combativo, o porque, como dice Lissorgues, “le faltó tiempo para penetrar en las cosas, le faltó distancia humorística, y tal vez le faltó todo eso porque le sobraba teoría y le sobraba buena intención”, su obra ha quedado sepultada por las cenizas del tiempo (256). A día de hoy son muy pocos no ya quienes leen a Eduardo López Bago, sino quienes siquiera han escuchado hablar de él. Si bien a simple vista su olvido puede parecer un hecho fortuito, tras examinar sus diferentes novelas se pueden trazar líneas hacia el pasado y encontrar algunas de las principales razones de su preterición. Sus posicionamientos ideológicos —patentes en sus constantes ataques a pilares básicos del pensamiento conservador—, unidos a su confrontación frente a otros escritores coetáneos, le convirtieron en un personaje denostado dentro de las letras españolas. Tampoco ayudaron a

¹⁷ Son bastante sonadas algunas de las alusiones que *Clarín* hace acerca de los partidarios de Zola y la escritura naturalista, con la que se identifica. En “A muchos y a ninguno”, de *Mezclilla*, se despacha con frases como “La culpa de todo no la tiene Zola, es claro, sino la vanidad y la ignorancia de los que se ponen a escribir prescindiendo de un requisito indispensable: el ingenio” (186).

aumentar su popularidad su manifiesto desprecio por el idealismo y su defensa de una escritura profesional. Su particular entendimiento de la novela naturalista como un ejercicio de resistencia ideológica desde el liberalismo le colocó en el centro de la diana conservadora. Así, su escritura fue evolucionando conforme a lo que el mercado le iba demandando a cada momento, y es por eso que llegó a vender tantos libros, porque fue un escritor de multitudes que comprendió a la perfección el funcionamiento de la incipiente industria literaria. Su éxito se debió no sólo a lo prolífico de su escritura, sino a un gran sentido para el “oportunismo literario”¹⁸, es decir, a una inteligencia y capacidad suficientes para producir a cada momento lo que era más demandado. La temática de su novela médico-social, tan atractiva para el público lector, resultó demasiado incómoda para unos tradicionalistas que, al igual que los catolicones retratados por López Bago en sus obras, de puertas para afuera disimulaban leyendo a Galdós, Pardo Bazán, *Clarín*, Valera o Alarcón, y de puertas para dentro disfrutaban con fruición de la sordidez de la novela lopezbaguiana.

Bibliografía

Álvarez Junco, José. *Máter Dolorosa*. Madrid, Taurus, 2017.

Blanco García, Francisco. *La literatura española en el siglo XIX. Parte segunda*. Madrid, Sáenz de Jubera Hermanos, editores, 1910.

Botrel, Jean-François. “Narrativa y lecturas del pueblo en la España del siglo XIX”. *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 516, 1993, pp. 69-91.

Bonet, Laureano. “Clarín ante el canon: hacia una teoría del ‘oportunismo’ literario”. *La elaboración del canon en la literatura española del siglo XIX*, Luis F. Díaz Larios (ed.), Barcelona, Universitat, 2002, pp. 81-96.

Alas, Leopoldo. *Mezclilla*. Madrid, Librería de Fernando Fé, 1899.

Dupont, Denise. “Decadent Naturalism: Eduardo López Bago’s Response to Émile Zola”. *Excavatio*, vol. XXIII, n.º 1-2, 2008, pp. 47-60.

¹⁸ Tomo prestado este concepto de Laureano Bonet, que lo usa para referirse a *Clarín*.

Etreros, Mercedes. *Estudios sobre la novela española del siglo XIX*. Madrid, CSIC, 1977.

Fernández, Pura. “Banderas literarias. Eduardo López Bago y Peñalver: traducción y apostolado naturalista”. *Autores traductores en la España del siglo XIX*. Francisco Lafarga y Luis Pegenaute (eds.), Alemania, Reichenberger, 2016, pp. 495-502.

Fernández, Pura. “Introducción”. *La prostituta* de Eduardo López Vago. Sevilla, Renacimiento, 1995.

Fernández, Pura. *Eduardo López Bago y el naturalismo radical: la novela y el mercado literario en el siglo XIX*. Amsterdam-Atlanta, GA, Rodolpi, 1995.

Fernández, Tomas y Tamaro, Elena. “Biografía de Alejandro Sawa. *Biografías y Vidas. La enciclopedia biográfica en línea*, www.biografiasyvidas.com/biografia/s/sawa.htm. Fecha de acceso: 30 de julio de 2023.

Galván González, Victoria. “La independencia de Cuba desde la mirada de la metrópoli: El separatista (1895) de Eduardo López Bago”. *Filología y Lingüística*, vol. XXXIV, n.º 1, 2008, pp. 53-66.

Gies, David T. “«Pentimento»: El anti-canon de la literatura decimonónica española”. *La elaboración del canon en la literatura española del siglo XIX*, Luis F. Díaz Larios (ed.), Barcelona, Universitat, 2002, pp. 175-184.

López Bago, Eduardo. *El cura*. Madrid, Juan Muñoz y compañía, editores, 1885.

López Bago, Eduardo. *El confesionario*. Madrid, Juan Muñoz y compañía, editores, 1885.

López Bago, Eduardo. *El periodista*. Madrid, F. Bueno y Compañía Editores, 1884.

López Bago, Eduardo. *La pálida*. Madrid, M. Núñez Samper, 1885.

López Bago, Eduardo. *La prostituta*. Madrid, Atocha, 69, bajo, 1884.

Lozano Marco, Miguel Ángel. “El naturalismo radical: Eduardo López Bago. Un texto desconocido de Alejandro Sawa”. *Anales de Literatura Española*, n.º 2, 1983, pp. 341-360.

Lissorgues, Yvan. “El ‘naturalismo radical’: Eduardo López Bago (y Alejandro Sawa)”. *Realismo y naturalismo en España en la segunda mitad del siglo XIX*, España, Anthropos, 1988, pp. 237-256.

Monguió, Luis. “Una biblioteca obrera madrileña en 1912-1913”. *Bulletin Hispanique*, vol. 77, n.º 1-2, 1975, pp. 154-173.

Pardo Bazán, Emilia. *La cuestión palpitante*. Madrid, Imprenta central a cargo de V. Saiz, 1883.

Sawa, Alejandro. “Impresiones de un lector”. *El Cura*, Eduardo López Bago. Madrid, Juan Muñoz y Compañía Editores, 1885, pp. 294-309.

Tsuchiya, Akiko. *Marginal Subjects: Gender and Deviance in Nineteenth Century Spain*. Toronto, University of Toronto Press, 2011.

Zavala, Iris M. *Ideología y política en la novela española del siglo XIX*. Salamanca, Anaya, 1971.